

La cara oculta del capital erótico. Capitalización del cuerpo y trastornos alimentarios José Luis Moreno Pestaña Akal Madrid, 2016 400 páginas. También disponible en EPUB – DRM)

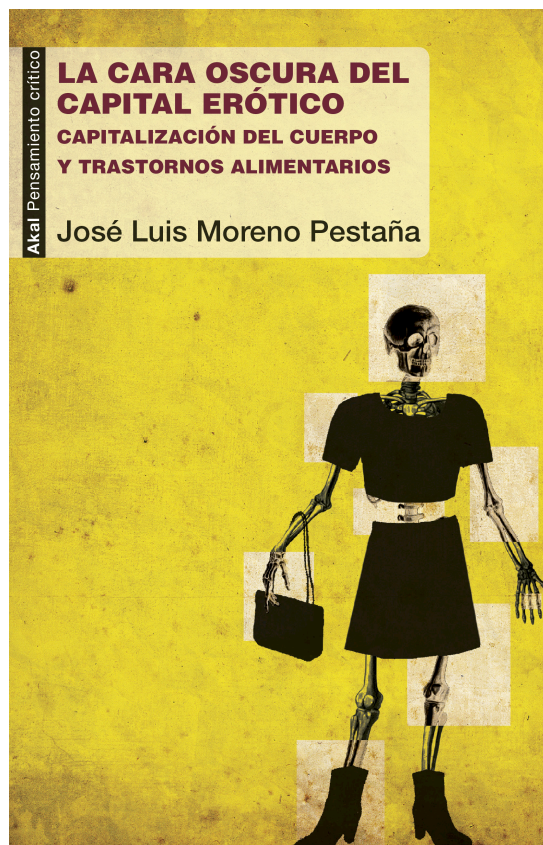
¿Por qué nuestra apariencia corporal nos inquieta tanto? ¿Qué es lo que se valora socialmente en ella? ¿Se tasa en todos los entornos del mismo modo?

La imagen del cuerpo, desde la primera representación humana a nuestros días aparece distorsionada, no solamente en su representación sino como construcción social interioriza y exteriorizada. No sólo exteriorizamos representaciones idealizadas de nuestra idea de cuerpo bello, sino que amoldamos nuestro cuerpo, lo transformamos a demanda del mercado.

José Luis Moreno Pestaña, parte de una reconstrucción histórica que le permite ver que los cuerpos no se valoraron siempre igual; tras este recorrido, el autor nos propone leer la presencia de un capital ligado al cuerpo (un “capital erótico”) como el efecto

de transformaciones en el campo de la salud, de la relación entre las clases sociales y de nuestra idea de cuáles son las condiciones de una persona consumada. Esas transformaciones nos permiten avistar posibilidades de transformación. Porque una cosa es que nos expresemos como deseamos con nuestro cuerpo y otra muy distinta que se nos impongan exigencias y que éstas, además, nos adentren en caminos próximos a la patología. Un estudio empírico sobre trabajadoras, cualificadas y de oficios obreros, nos ayuda a tener un mapa contemporáneo de cómo se conecta el capital erótico con los trastornos alimentarios. Un análisis de los conflictos existentes nos permite avistar formas de movilización política contra los modos más dañinos de capital erótico.

No se trata de un simple ensayo sociológico, aunque cumple todos los





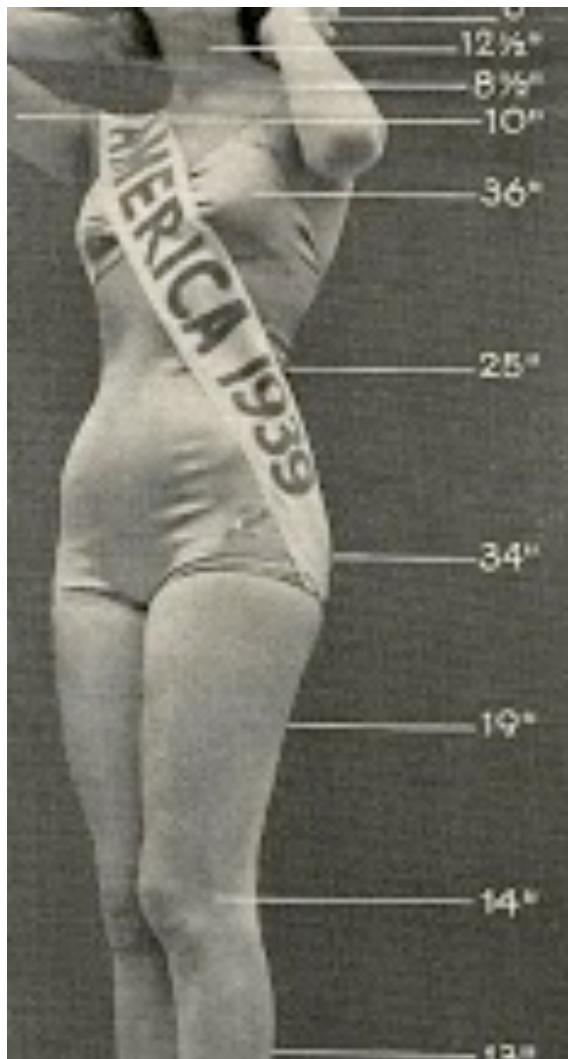
requisitos de la literatura científica, si no que aplica un amplio conocimiento filosófico pero, al mismo tiempo, resulta de lectura accesible e interesante para un público amplio, sin perder el rigor y la conceptualización filosófica.

El concepto de “capital erótico” utilizado ampliamente por la socióloga británica Catherine Hakim (1948) en su obra *Capital erotico: el poder de fascinar a los demás* (trd. Debate), quien abrió un amplio debate en el feminismo más recalcitrante. El concepto tiene sus raíces en las tesis de Pierre Bourdieu, quien

sostenía que para entender la desigualdad hay que tomar en consideración no sólo los recursos económicos, sino también el capital social y cultural y añadía una cuarta categoría, el capital erótico, relacionado con el atractivo físico. Hakim, partiendo de estas tesis, considera que en principio este depende del azar biológico y no se puede acaparar e, incluso, una persona pobre, sin estudios ni contactos sociales puede disponer de un importante capital erótico. En nuestra época, según Hakim, la belleza habría sido estigmatizada por el patriarcado como por ciertos tipos de feminismo, impidiendo que las mujeres hagan valer esa forma de poder, muy en particular las mujeres de clase baja, que no disponen de otro recurso. José Luis Moreno Pestaña en *La cara oscura del capital erótico* discute esta teoría de Hakim considerando que la belleza y el atractivo físico no son un componente biológico o, al menos, no se puede reducir a el, sino que se trata de un campo cultural que históricamente ha sido gestionado de distinta manera y con significados dispares. En ese sentido, este libro se aleja de la reducción de la belleza a la moda, aplicándolo a un campo que no es habitual o, al menos, suele quedar reducido al anterior, el mundo del trabajo.

En el recorrido histórico que José Luis Moreno Pestaña nos da las claves que hacen que el cuerpo pueda convertirse en capital. En el mundo griego clásico, la belleza física no dependía de un único patrón, a demás de no poder modificarse a voluntad, lo que impide que pueda convertirse en capital. Por una parte, conceptual; el cuerpo no tenía un modelo uniforme y la dedicación al mismo se veía como un deterioro de otras capacidades. Por otra, el cuerpo, no podía modificarse a voluntad.

Sólo a partir de la segunda mitad del siglo XIX y principios del siglo XX, será cuando se empiecen formular y proponer determinados modelos corporales estandarizados gracias a la extensión de los regímenes de adelgazamiento desarrollados durante el siglo XVII y el recurso creciente a la cosmética durante el siglo XVIII. Es la posibilidad de unificación de la belleza o, del patrón de belleza se convierta en un determinado estándar que muestre las diferencias sociales. Este culmen, se realizará con la legitimación, por parte de la medicina, de la delgadez como ideal de salud. Es así como el cuerpo se convierte en un capital que puede ser acumulado por los sujetos. Pero para que eso sea posible, para que un recurso se convierta en un capital es necesario que se inserte en un mercado.

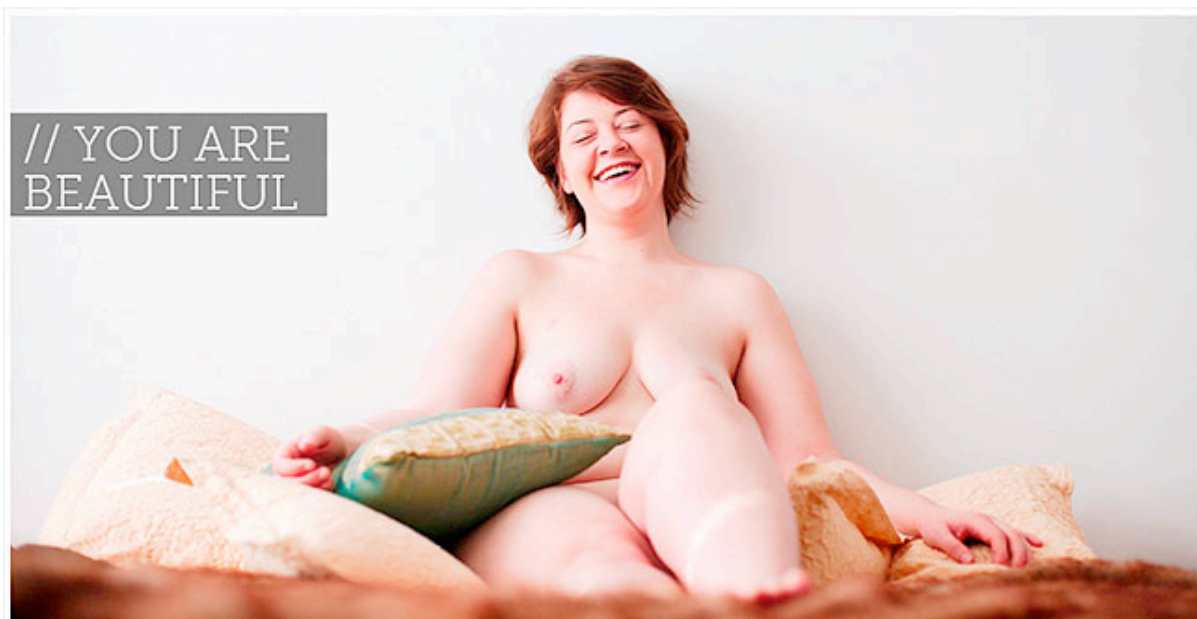


Si Catherine Hakim, propugna que la noción de capital erótico se sume a la tríada propuesta por Bourdieu de capital económico, capital cultural y capital social, como una especie de capital diferente, el autor plantea que ese capital se introduce en disputa por los diferentes grupos sociales que lo gestionan de distinta manera —en ocasiones con gran sufrimiento— en sus relaciones afectivas, culturales y, sobre todo, laborales. Llegados a este punto, cabría preguntarse por cuáles son aquellos mercados, aquellos espacios, en los que los recursos estéticos pueden convertirse en capital erótico. Para responder a esta cuestión, el autor, con la ayuda de Randalls Collins y de Viviana Zelizer, explica que los capitales necesitan de espacios específicos donde poder activarse. Estas estrategias no son, es cierto, puramente negativas, en muchas ocasiones tienen dimensiones dañinas y alienantes, lo que nos adentrará en la relación de los trastornos alimentarios con el capital erótico. También

las políticas del cuerpo están profundamente marcadas por los conflictos sociolaborales contemporáneos.

A partir de estos desarrollos, José Luis Moreno Pestaña traza las líneas que delimitan las fuerzas estructurales que hacen posible la presencia de enfermedades autónomas relacionadas con la alimentación y con la apariencia física. En los espacios en los que el capital erótico se activa, existen nichos ecológicos —el autor se apoya aquí en los modelos de análisis de la enfermedad mental de Ian Hacking— en los que, a través de las interacciones, la enfermedad aparece, se desarrolla y permanece. En los tres capítulos que siguen, la teoría desarrollada hasta aquí será puesta a prueba en un terreno al que ya se hizo alusión, el mercado laboral femenino.

La primera de las aportaciones, al respecto de los vínculos entre presión estética —aumento del valor del capital erótico en los ambientes laborales muy feminizados— y el riesgo de aparición de conductas desviantes asociadas a la conducta alimentaria, es la constatación de la preocupación, cada vez más temprana, por el peso y la apariencia sexual. Esta tendencia se extendió a partir de los años 80 y supuso un retroceso en los avances de la crítica feminista de las décadas de los 60 y 70. La liberación sexual se había sustituido por una progresiva sexualización de la mujer. Este fenómeno, conocido como el *backlash*, o la “torcedura de bastón”, se extendería y colonizaría la experiencia de una generación de mujeres. En los casos descritos y analizados en este libro, se comprueba cómo, a partir de la década de los 90, las exigencias estéticas en el puesto de trabajo comenzaban a ser cada vez más altas, no sin conflictos entre las distintas generaciones que convivían en esos espacios. A la extensión y la valorización del capital erótico entre las trabajadoras de ciertos sectores, le sigue el efecto que la presencia masiva de dicho capital juega en las interacciones cotidianas. Los juegos estéticos están muy presentes en dichas interacciones y sirven para cultivar el capital erótico. Con el recurso de dicha noción de juegos estéticos, el autor consigue aislar un repertorio de modos de relacionarse en los ambientes laborales —entre las propias trabajadoras y también entre las trabajadoras y las clientas—. Este conjunto de juegos permite observar, no solo formas de sometimiento de las trabajadoras a las normas impuestas por la empresa, sino también formas de cultivo de una forma específica de capital cultural como el capital erótico mediante las que se manifiesta una expresión de competencia



intelectual. Un último factor a considerar es el de la relación entre la presión corporal y el mercado de trabajo más cualificado. En este sentido, el autor concluye, que de una manera general podría constatarse que la presión erótica específica disminuye a medida que el capital cultural aumenta.

El libro se sustenta sobre una investigación empírica a partir de 45 casos en grupos de discusión, cuyos datos aparecen en libro de una forma administrada, lo que lo aleja del formato de investigaciones no digeridas y poco legibles y proporciona un excelente ejemplo de administración razonada de la prueba, para ilustrar los análisis de los efectos de las condiciones laborales en la aparición de trastornos alimentarios. En el séptimo y último capítulo, el autor propone un repertorio de posibilidades de cómo el cuerpo podría dejar de funcionar como un capital. Tres podrían ser las formas de contestación para hacer frente a la “cara oscura” del cultivo del capital erótico como forma de encarnación de las diferencias sociales. En primer lugar cuestionar los modelos únicos de belleza, en segundo, comprender que el cuerpo no se encuentra disponible y, en tercer lugar, asumir que el cuerpo no nos dice nada sobre el valor moral de un individuo.

La cara oscura del capital erótico. Capitalización del cuerpo y trastornos alimentarios completa un conjunto de trabajos sobre los trastornos alimentarios, la enfermedad mental y el cuerpo que José Luis Moreno Pestaña podemos considerar que inicia en 2010 con la publicación por el CIS de *Moral corporal, trastornos alimentarios y clase social*, cuya edición francesa acaba de presentarse en la editorial Presses universitaires

de Limoges con la incorporación de las investigaciones más recientes sobre la enfermedad mental y los trastornos alimentarios, pero también sobre su producción en sociología de los intelectuales, en epistemología o sobre la conflictiva relación de las ciencias sociales con la filosofía y sus implicaciones científicas y políticas.